

### **Trigésimo Tercer Domingo del TO A2020**

Permítanme comenzar esta homilía refiriéndome a la práctica de los negocios. Quienes dirigen una empresa saben que el éxito de su empresa depende, en gran medida, de la evaluación del desempeño de sus trabajadores. Cuanto más se desempeñan los trabajadores, más exitoso es el negocio.

A veces, con motivo de una evaluación, existe un premio, como el empleado del mes o el Año. Cuando un gerente lo hace, su mensaje no tiene como único objetivo animar a los demás trabajadores para que sigan el ejemplo de su colega. Pero más bien, y lo más importante, quiere celebrar las cualidades excepcionales mostradas por ese trabajador.

Tenga en cuenta esta imagen y pasemos a la primera lectura. El libro de Proverbios alaba a la mujer excepcional que es grande en su hogar por su cuidado y su empresa. Ella es maravillosa y hermosa, por fuera y por dentro. Su valor no proviene de las perlas que usa ni de las apariencias externas de su belleza. Todo sale de adentro, porque del corazón sale ese toque único que hizo decir a alguien: "Mujer feliz, familia feliz". [Por supuesto que no hago la pregunta de: "¿quién encontrará un esposo perfecto, lleno de amor y cuidado para su casa"?] Este toque es el resultado de su fe. Ella está llena del temor del Señor

Aquí hay una pregunta: ¿Cómo llegó una mujer así a tal honor? ¿Qué hizo en particular para merecer un premio tan alto de ser celebrada y recordada? Bien; ella hizo buen uso de los talentos y dones que naturalmente recibió de Dios.

Esta invocación nos lleva al Evangelio de hoy, que es muy sencillo de entender. Tres sirvientes reciben talentos de su amo que viajó al extranjero por un largo período de tiempo. El maestro da al primero cinco millones; a otro, dos millones y al último, uno; cada uno según sus capacidades.

Dos de los sirvientes entienden que se les ha confiado una gran responsabilidad y tienen que reaccionar en consecuencia. Invierten el dinero y así duplican el capital. El tercero se paraliza por el miedo a perder lo recibido y lo entierra en el suelo.

Un par de años después, el amo vuelve para saldar cuentas con ellos y ver qué han hecho con su dinero. Los dos primeros sirvientes están contentos porque han producido más. El maestro reconoce su espíritu de empresa y les confía más responsabilidad.

El último siervo no ha hecho nada; es incapaz de tener espíritu de empresa. Además, es duro con su amo a quien juzga por mera intención. Como consecuencia, lo desposeen de todo y lo dejan con las manos vacías.

¿Qué está en juego en esta parábola? ¿Cuál es el punto y el mensaje que Jesús quiere comunicarnos? Tres cosas importantes, y que quiero compartir con ustedes: Primero, la parábola enseña que Dios nos da diferentes dones o talentos, cada uno según sus habilidades. Lo importante, entonces, no es cuántos talentos hemos recibido, sino cómo los usamos.

En esta perspectiva, Dios no nos exige lo que no tenemos. Más bien quiere que usemos al máximo los dones y talentos que poseemos. Por supuesto, no somos iguales en talentos y dones; pero somos iguales en esfuerzo. Cualquier talento que

tengamos, pequeño o grande, debemos utilizarlo en beneficio de nuestros hermanos y hermanas, poniéndolo al servicio de Dios.

En otras palabras, Dios quiere que demos lo mejor de nosotros mismos con los dones que nos ha dado. Además, todos deben asumir alguna responsabilidad con los dones recibidos y esforzarse para que den fruto. Cada uno debe emprender algún ministerio dentro de la comunidad en proporción a su capacidad. Ni un solo tesoro de lo que Dios nos ha confiado como dones o talentos debe quedar sin usar.

Segundo, cuando Dios nos da más que otros, también nos pedirá más de nosotros. Cuanto más dotados seamos; se nos exigirá más. A los dos sirvientes que produjeron el doble de lo que recibieron no se les pide que se sienten y se crucen de brazos. Se les da más responsabilidad para que sigan trabajando y vuelvan a producir más. Así es como Dios trabaja con nosotros.

Tercer lugar, los castigados no son los que tienen menos talentos, sino los que no intentan utilizarlos. El sirviente con un talento no lo perdió, sino que simplemente lo enterró en el suelo. Esto es peor que perderlo después de haber intentado trabajar con él. Tenemos que arriesgar nuestros talentos y dones por el bien de la comunidad y por la gloria de Dios. En otras palabras, no se debe permitir que quede sin usar ninguno tesoro de Cristo. El talento que recibimos de Dios crece con su uso y se marchita con su desuso.

Ahora déjeme terminar con el último versículo del Evangelio. “Al que tiene se le dará y le sobraré; pero al que tiene poco, se le quitará aun eso poco que tiene”. Esta es una expresión de una certeza universal. Lo que significa es que si tenemos un talento y lo ejercitamos, podemos progresar con él. Pero, si tenemos un talento y no lo ejercitamos, inevitablemente lo perderemos. Esta es una lección de vida de que la única manera de conservar un talento es usarlo al servicio de Dios y de nuestros hermanos y hermanas.

Oremos, entonces, y pidamos al Señor que nos dé el valor para desarrollar los talentos y dones que nos ha dado. Pidámosle que nos haga consciente de su regreso para que cuando regrese nos encuentre trabajando con nuestros talentos para la gloria de su nombre y el bien de nuestros hermanos y hermanas. Que Dios los bendiga a todos!

**Proverbios 31: 10-13, 19-20, 30-31; 1 Tesalonicenses 5: 1-6; Mateo 25: 14-30**



Fecha de la Homilía: el 15 de Noviembre, 2020  
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20201115homilia.pdf